

EL TEMPLO DE SANTA CRUZ EN MEDINA DE RIOSECO.

Hay tiempos que hacen época en la historia de la humanidad, y siglos que cambian la fisonomía de las naciones. Para el espíritu superficial que no mira las cosas sino en globo, estos sucesos no tienen significación, ni son más que fortunas ciegas; pero el hombre pensador, el filósofo, encuentra en ellos un entace íntimo, una providencial armonía de causas y efectos, de recíprocas influencias. Esto es lo que debemos á la filosofía de la historia, á la admirable y fecunda ciencia de Vico, que tan grandes horizontes ha franqueado en la existencia universal.

Si á la luz de esta moderna antorcha contemplamos el siglo XVI, hallamos sin duda que fué una de las épocas mas decisivas del mundo, una de las fases mas profundas y vehementes de la civilización. Con dificultad se podría distinguir en los ansies modernos, desde la caída del Imperio de los Césares, otra circunstancia tan importante y poderosa sobre los destinos del Occidente como la edad de Leon X. No es cosa de engolfarse en investigaciones criticas en un trabajo como el presente. Para sí la ocasión lo permitiera, habíamos de ver que el decantado siglo de Luis XIV en el mundo teutónico, ni el de los Augustos y Mecenas en la civilización latina, tuvieron tan elevado carácter y fuerza de acción, ni tantos títulos á las atenciones de la posteridad como aquel tiempo de grandezas de todo género.

Aquel siglo merece, cual otro, el autonomástico dictado de *grande*; porque todo en él lo fuera: nombres, hechos, invenciones, descubrimientos; las ciencias y las artes, fortunas y desdichas, verdades y errores, todo respiraba grandeza; todo tuvo grandes, si bien respectivos, resultados. Es verdad que, llevando por precursores de su advenimiento la invención de la imprenta, la toma de Granada y el maravilloso descubrimiento del Nuevo Mundo, no podia menos de ser un tiempo fecundo y digno de patente de primer orden. ¿La invención de la imprenta, que, segun la feliz definición de un escritor francés, «es el mayor lucero de la historia!» Y el triunfo de la Alhambra y la conquista de América, proezas inmortales, junto á las

que la guerra de Troya y las campañas de Alejandro son destruidas y mezquinas páginas que desaparecen ante el esplendoroso nombre de Colón y de Gonzalo, como las estrellas á los primeros rayos del sol en el horizonte!...

El siglo XVI fué, á nuestro juicio, la inauguración de una nueva y vivificante era para la Europa; varió de todo punto su faz, y señaló el principio de su propia é inteligente existencia. Donde quiera hubo animacion y progreso, movimiento y espontaneidad, genio y aspiraciones al porvenir. Prescindiendo de las hondas luchas que le agitaron, encontraremos allí grandes conquistas para la humanidad, á pesar de tiránicas aberraciones del poder material. En las ciencias aparece una generación de talentos superiores, que descubre arcanos magníficos á la asombrada muchedumbre; y hacen frente á las preocupaciones y á la ignorancia sábios insignes que afranca prodigios á la inspiración. La literatura, regenerada por la fecunda Italia, toma un vuelo deslumbrador; las artes hacen renacer los hermosos días de la Grecia, y bajo la sombría atmósfera del Occidente brilla el rayo creador de Zeusis, el destello de la gloria de Pericles!...

Las artes. Ved aquí el punto relativo á nuestro actual propósito, y donde ya debiéramos estar si el inmenso campo que á la meditación presenta la época bosquejada no hubiese arrebatado la fantasia sobre los límites del pensamiento. Y efectivamente, las artes, y en particular la arquitectura, sintieron una revolución completa en el curso del siglo XVI. En él descuellan nombres inmortales, que llevaron las obras de la paleta y del cincel á lo mas acabado de la antigüedad clásica. El Pantheon rivaliza con el Parténon; Miguel Angel arrebató el cebro á Phidias; Roma nada tiene que envidiar á la floreciente Atenas.

La arquitectura cambió de ropages, y se presentó ataviada como una jóven morbida del Ebro gentil, donde habia brillado cual matrona severa y espiritual de la Jerusalem cristiana. Este fenómeno tiene su aplicación filosófica en la historia del arte: mas su desenvol-

violencia de que tra al actual objeto. El arte que durante el bajo imperio representaba la inmovilidad latina; que, regenerado por la conquista del Santo Sepulcro, se convirtió en expresión multiforme y simbólica, en fórmulas esflorescentes, copiosas y brevedad de la idea progresiva, y que durante los siglos medios escribió, á falta de otros agentes, en el granito filigranado de las catedrales y monasterios la historia elocuente de muchas generaciones, con sus heroicas virtudes en las esculturas de los tímpanos, con sus vicios misteriosos en los pórticos dibujados de mojes con pies de satiros, y de obispos y magnates llevados en carretas tiradas por el diablo; este arte, en fin, que ha revelado siempre desde la India y el Egipto el espíritu y organización de las sociedades, como un jeroglífico reservado á los sacerdotes de la iniciación, debió participar, y participó en efecto, de la visibilidad manifiesta de aquel prodigioso siglo. En su consecuencia, pues, á la variedad y fantástico vuelo de la ópera germánica sucedió la severidad, la acompasada armonía de los semicírculos clásicos; los pórticos multiformes de riquísima crestería, donde el óculo artista hervaba con luminosos encajes los deliciosos felices del genio, fueron pospuestos á los peristilos inflexibles, á las líneas de simétrica magestad que cortaron el horizonte de Poestum; y aquellas naves aéreas, aquellas agujas transparentes de Burgos y de Reims, aquellas delicadas fajas de pilares perdidos en el espacio son reemplazados por redondas cúpulas, y macizas torres y poderosas pilastras de enérgica y varonil belleza. La revolución está consumada en el arte. Una nueva página se abre en el libro del jaspe y del metal.

Existe en esto un singular fenómeno: Cuando la sociedad en los tiempos casi feudales yacía inactiva y monótona, sin acción espiritual ni aspiraciones profundas, la arquitectura era la síntesis de toda pensamiento progresivo, de toda tendencia innovadora. Y después, cuando ya Europa había tomado movimiento y empezaba la obra de su regeneración con recursos activos y fuerzas íntimas, entonces el arte cesa de ser simbólica y significativo para convertirse en puramente técnico, ritual.

Sea de ello cualquiera la razón crítica, el resultado es indudable. El renacimiento de la forma griega y romana destruyó del altar del gusto á los tipos elípticos de los artistas cristianos.

Entre los grandes nombres que, resucitando las tradiciones de Callimaco y Melágonos, pusieron en desuso las vaporosas formas de los artistas de León y de Toledo, forjándose una aureola de glorioso recuerdo, descuellan, por lo que hace á nuestra España, dos figuras de primer orden, dos nombres de superior merecimiento: Herrera y Bantista de Toledo. En este maestro insigne y este discípulo tan digno de su maestro se simboliza el *renacimiento* de nuestra arquitectura, se cifra la nueva escuela, la revolución del arte, en fin. ¡Magníficos vestigios dejaron sobre el país; hermosas obras tienen estampadas en los angles de la arquitectural Herrera particularmente, el célebre creador del Escorial, es el favorito de los apasionados al *renacimiento* clásico. Con religioso celo se guardan y enumeran sus obras distinguidas; y la población que posee uno de estos monumentos, le conserva cual un timbre envidiado de nobleza y mérito.

Medina de Rioseco, la villa opulenta, centro del comercio castellano en aquellos, para ella, florecientes tiempos, espléndida y bisagra en la erección de monumentos religiosos, quiso tener una obra del grande artista de sus reyes, y vio alzarse en su recinto bajo aquella inteligente mano el hermoso templo parroquial dedicado á la Santa Cruz. La obra fué digna del autor y del objeto.

Vedla asientarse magestuosa y bella sobre el suave declive de una de las dos ténuas prominencias donde asienta la ciudad, á la derecha de su calle mayor en una bonita plazuela que permite desarrollar toda su gallarda perspectiva. Disfrútase de ella en un solo golpe de vista de admirable efecto y sorprendente impresión: desembocada por las bocacillas superior é inferior. Desde este punto cuentan que exclamó Napoleón sorprendido á la vista de tan hermoso espectáculo:—*Oh, también anduvo por aquí el famoso Herrera!*...

Precede la un átrio espaciosa de forma casi rectangular, ceñido con basculada de hierro, sostenida por sendas pilastras, que coronan leones de granito con escudos heráldicos, é intercalados de preciosos pedestales con esféricos remates. En el fondo de este vestibulo preséntase la elegantísima fachada del templo (que damos en lámina) al frente septentrional del perfecto paralelogramo que forma su planta general, donde compiten la magestad atrevida y la sencillez voluptuosa de las más puras tradiciones griegas. Compónese de dos cuerpos, rematados por un inmenso frontispicio. El primero pertenece al estilo corintio. Diez pilastras de mármol resalta, implantadas sobre basamentos ática, formaron en los centros de su línea recta una especie de saliente, ceñidos de primorosas capiteles con flexibles caulículos, y coronados de un cornisamento completo, constituyen el frente interior, terminado á los estrados superiores con dos cartelas resaltadas sobre pedestales robustos con sus enovenas globos. En

el punto céntrico y sus inmediatos intercolumnios se rasgan la puerta principal del templo y los dos laterales, de forma rectangular, adornadas con jambas y sobrejambas, dinteles y coronamientos de selecto gusto. Un espacioso medio punto cubija la central, haciendo una especie de pórtico cubierto, sencillamente decorado. Sobre cada cual de las portadas menores se dibujo un larguelo cuadrangular, primorosamente abierto en medio relieve. El asunto del de la derecha es la Invencción de la Santa Cruz; y el opuesto representa la muerte de Santa Elena. Al pie de ellos abrieron los constructores dos letreros, que maltratados por puercos muros, no ostentan legible su íntegro contenido. Tan solo se entiende en uno de ellos «...á costa de los feligreses, siendo cura...» y en la otra nada más que eclesiástico merino mayor de cur... año de 1727. Esto es, sin duda, muy posterior á la época del templo. En los intercolumnios inmediatos se hallan bajo semicírculos nichos las obispa Cumea y Sónia, esculturas en piedra de talla menor que natural, pero de buena ejecución. El resto de los claros está encajado de grandes casetones rectángulos, que guardan consonancia con el adorno general.

Surge el segundo tramo con un zócalo que sirve de asiento á una decoración *compuesta*, perfectamente armónica y proporcional á la precedente. Ocho pilastras en banda, correspondientes á otras tantas inferiores, con su espaciosísima lucerna cuadrilonga, y cuatro nichos de medio punto, adornados (menos los extremos) con fletes y fajas, y coronados de airoso espirales del tipo romano, con recuadros en los biselcos restantes, y una cornisa clásica son los constitutivos de esta combinación. Dante empero mayor realce y noble arrogancia cuatro estatuas colosales, en los nichos, que representan á nuestro Rey don Alfonso, el de las Navas; á Heraclio, emperador bizantino; á Constantino el Grande, y á su madre la Emperatriz Santa Elena. Y hacen juego con estas las imponentes figuras de Isaías, profeta, y David, Rey, establecidas, como las anteriores, encima de lindas peanas; y colocadas sobre el cornisón del primer cuerpo. Así como apeado en el del superior, tierra la obra esterna en frontis triangular, adornado por dobles pedestales corridos con cuatro globos parecidos, y concluido por un elegante pedestal, que sirve de pie á la inmensa cruz de piedra, que perdida en el espacio, parece á la luz del sol el sagrado Lábaro, donde inscribió la mano de los ángeles el victorioso lema del primer Emperador cristiano.

El conjunto de la construcción, que alcanza 140 pies de altura, por 722 y 88 de anchura en sus dos alzados, revela desde luego al grande arquitecto. Nada falta y nada sobra. Todos los detalles se dejan ver en su lugar y proporción, y siendo los más que podrían ser, aparecen sencilla y rica, severa y elegante. Es una belleza griega, es una joven Peloponésica vestida y coronada para los misterios del Bosque Sagrado. En ella se amalgaman con inflexible encaje la blandura con la dignidad, la sencillez con la pompa: sin confundirse, sin perjudicarse, y formando un delicioso contraste, mas especie de claro-oscuro de mágica inspiración.

En nada se debilita este efecto cuando el curioso desemboca en lo interior del templo. Desarrollase ante los ojos la suntuosa basílica, de una sola nave, coronada por la inmensa bóveda semicircular, que monta sobre dos gigantescas pederías laterales, y encaja entre vastísimos y delicados medios puntos de sillaría. No hemos visto cosa así en España, y acaso no tenga rival. Comprende su ámbito 133 pies de longitud, por 95 de elevación, y 404 de anchura, incluidas las galerías de los costados, las cuales se forman por dos órdenes de elegantísimos arcos romanos, sostenidas por bizarras pilastras de orden corintio, por el tenor de la fachada, cuyos capiteles parecen undulados de cera. (Tal es, y tan flexible y primorosa la forma de sus flores, caulículos, hojas y demás accesorios!) Un cornisamento de gran vuelo corre por todos los abacos de la pilastrada, resaltado de innumerables moldilones, ejecutados con la mayor limpieza. El fondo de ambas galerías las forman ocho capillas, que si estuvieran corridas harían dos naves menores; pero el arquitecto las cerró, y acaso fué su idea hacer lucir mas la gran nave, dando una inteligente prueba de combinación y conocimiento de los efectos. Cierra el templo en la parte superior central la capilla del presbitero, coronada por una cúpula merquina para tan suntuoso cuerpo. Es un gigante esa cabeza de niño. Y á sus lados, en los ángulos del cuadrilongo, se alzan la torre y la sacristía, también desproporcionales y menguadas. Estas defectos se explican fácilmente con saber que la obra no está concluida. Debíó, á nuestro sentir, el artista imaginar un coroero vastísimo, según el tipo occidental de los templos: pero no se construyó mas que el tronco y un brazo, que la forma la torre, faltándole el otro y la cabeza. En cada cual de los alas se trazó una aguja, que debió ser de grandes proporciones, á juzgar por la que existe, aunque sin concluir. Su planta es un cuadrado que sirve de fundamento á los dos primeros cuerpos actuales, de los que el interior es una especie de basamento liso, siendo el segundo un pabellón cuadrado de orden toscano, con pilastras intercaladas de arcos me-

dios puntos, y erróneo inoportunamente por un tejado piramidal con su frágil capitel. En su lugar parecemos haber de arrancar de aquí un nuevo templo en forma poligona, conforme á las torres del Escorial y de la catedral de Valladolid. La del extremo opuesto no se halla ni tiene mas que el fundamento, que es la actual sacristía: en lo demás solamente anuncia su proyectada colocación los arranques vivos de la fábrica. Los planos que parece existían en el archivo de la parroquia, cuya desaparición nos priva de apurar la mente del arquitecto, juzgásemos que estaban conformes con nuestras inducciones artísticas.

Hay en Santa Cruz esculturas y cuadros de mérito: pero su mayor tesoro, el cuadro de los Pastores, original de Murillo, fué vendido por gentes inexpertas y profanas al arte, casi de valde, para una reparación de la fábrica.

Aquí tenéis, en suma, el famoso templo de Santa Cruz, que ha ocupado dignamente á Panz y otros investigadores nacionales y extranjeros, que tomaron codiciosas muchas vistas y estudios en este hermoso recuerdo de nuestro primer arquitecto; la basílica, que forma una de sus mejores glorias; la obra, por fin, del *renacimiento* 1615 bella de la vieja y religiosa Castilla. Tendría quizá una belleza demasiado liviana y seductora para templo cristiano, si la bien combinada distribución, la sábia economía de sus accesorios y la inteligencia de sus lineamientos en templares la moleste ática, tradidiéndola con la gravedad y el carácter místicos, en armonioso y admirable conjunto, semejante al que produciría la tierna virgen de la encarnación Edda con el traje sacerdotal de las Vestales misteriosas.

Medios de Dioscecalzó á sus espensas esta colosal fundación. Gran muestra de piedad, y un mayor testimonio de opulencia de cultura y liberalidad. ¡Huel...! cuánto multatus ab illo!

¡Cuántas veces, perdidos por el árido solitario, hemos contemplado á la blanda luz de la luna la hermosa perspectiva, remontando la tentativa á las regiones de lo desconocido, para encontrar un soplo de humana inspiración, lejos de las cenagosas realidades del mundo, como el viajero fatigado del desierto bajo la sombra de la palma lucorujible, que dió abrigo á los profetas de Israel! Otras también, y en alas del arrobamiento, vemos la sombra de la inmortalidad circundando la blanca imagen del genio, recreándose en su gloria y alzándose á precederla sobre su propio altar. Solamente las almas entusiastas, no mas que los corazones de grandes fuerzas, comprenden el misterio inefable de semejantes imaginaciones, que son el aliento mas puro del espíritu, el himno sublime del sentimiento, la única e inmaculada posesión de la existencia.

V. GARCIA ESCOBAR.

## PABLO Y VIRGINIA.

Se ha publicado esta obra, completa en una sola entrega de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, adornada con 15 grabados y con una linda cubierta de color. Es tal la baratura con que aparecen las obras en esta colección, que cada entrega que, como la de *Pablo y Virginia*, contiene mas lectura que un tomo en 8.º español, y va adornada con lindísimas láminas, solo cuesta al suscriptor un real en Madrid y real y medio en provincias. Es la primera vez que los libros se ponen verdaderamente al alcance de todas las fortunas, armonizando la baratura con la elegancia de las ediciones, para las cuales hemos adoptado el mismo tamaño, sistema y combinación adoptados en Francia, Inglaterra y Alemania, como el único medio de llegar á los últimos límites de la verdadera baratura en punto á libros. Consúltase la lista de obras que figura en el prospecto, véanse los precios marcados para cada una, y no podrá menos de convenirse en que basta ahora nada se habia hecho que se acercara en baratura y ventaja á las ediciones de la BIBLIOTECA.

## EL OCEANO Y SUS MARAVILLAS.

### II.

#### Movimientos del mar y sus efectos.

Es muy creible que si el Océano estuviera privada de sus movimientos periódicos, se convertiría muy pronto, á pesar de la sal de que está impregnado, en una masa de agua insalubre. Han notado los marinos que después de una calma de varios días, empezaba á corromperse el agua del mar, y que sus exhalaciones no dejaban de ser peligrosas para la tripulación.

Así pues, los movimientos impresos al agua del mar son necesarios. Por eso ha dispuesto la Providencia que unos fueran constantes, y otros casuales. Los movimientos constantes toman los nombres de *mareas* y de *corrientes*. Los casuales son muy variados. Los hay producidos por el viento, ya sea que rice ligeramente la superficie de las aguas, ó que las comueva en olas inmensas. Hay después los remolinos, los torbellinos, los temblores de tierra en el

lecho del Océano, la evaporación que se efectúa en su superficie, y el tributo continuo que le rinden las nubes y los rios.

No es raro el ver al mar traspasar sus límites, abandonando una parte de sus dominios para invadir nuevas playas. A consecuencia de revoluciones submarinas, surgen islas de improviso, al paso que otras desaparecen. Consideráremos separadamente estos fenómenos diferentes.

Las aguas del mar obedecen á una fuerza invisible pero constante, avanzando durante cierto número de horas del sur al norte. Mientras dura este movimiento de progresión, se inflan y elevan bastante sensiblemente para detener en sus embocaduras al desahogo de los rios. Esta fase primera de la marea, llamada *marea alta*, *subida de la marea* ó *flujó*, dura seis horas. Al cabo de este periodo, la mar parece quedarse en un estado de reposo durante un cuarto de hora próximamente. Después vuelven á bajar las aguas durante otras seis horas, y los rios siguen su curso. Esta fase segunda, periódica y regular como la primera, se llama *marea baja*, *bajada de la marea*, ó *reflujó*. Este movimiento es seguido también de un cuarto de hora de reposo, después del cual se efectúa de nuevo el *flujó*, y así sucesivamente. Se ve por esto que la mar avanza y retrocede dos veces por día, pero no exactamente en horas determinadas, por los momentos alternativos de reposo; de modo que las mareas del día están retrasadas cerca de tres cuartos de hora de las del día anterior.

¿A qué poder, á qué influencia atribuiremos este fenómeno? Le es extraño la acción de los vientos: es preciso pues, buscarle otra causa. Recordemos que la tierra gira sobre sí misma en veinte y cuatro horas. Por consiguiente este movimiento de rotación no corresponde á la fluctuación periódica de las aguas. Veamos si la luna nos dá algun medio de resolver este problema. Efectivamente, en día lunario es precisamente de doce horas y cuarenta y ocho minutos, es decir, que este astro se ve retrasando cada dia cuarenta y ocho minutos antes de alcanzar el mismo punto aparente del firmamento en que se le observa la víspera. Se ve, pues, que hay en cuanto al tiempo una correspondencia exacta entre los movimientos de la luna y los de las mareas. Se ha observado además, que los efectos de las mareas varían según los diferentes aspectos de la luna. Esta relación bastaria para hacernos admitir, en lo concerniente al *flujó* y *reflujó*, la influencia de nuestro satélite, aun cuando no vinieran otras causas á apoyar esta deducción. Siendo general en la naturaleza la ley de la gravedad, que hace que nuestros cuerpos busquen siempre la tierra, resulta que la luna atrae las aguas de nuestro planeta, á pesar de su lejanía, y que la atracción terrestre no basta para neutralizar completamente este efecto.

El agua, por su naturaleza, es particularmente muy propia para manifestar los efectos de esta influencia; reunida en volumen considerable, cede á la atracción de la luna, y se eleva ó vuelve á caer á medida que el movimiento de la tierra la somete ó la sustrae á la acción atractiva de aquel astro. El sol, aunque dista unos 34 millones de leguas de nuestro globo, conserva sin embargo cierta fuerza de atracción, y cuando el sol y la luna se hallan, con relación á la tierra, en una misma dirección, las mareas son mas considerables.

El Mediterráneo, el mar Negro, y otras masas de agua encerradas en sus costas, no están sometidas en tanto grado á los fenómenos de las mareas como los mares grandes. Es en la causa de que los pueblos de la antigüedad, que rara vez navegaban en el Océano, ignoraran los efectos del *reflujó*, y debió ser grande la sorpresa de los soldados de Alejandro cuando vieron las aguas del Indus elevarse y bajarse en su embocadura unos 50 pies. El efecto de las mareas es muy sensible particularmente cuando la embocadura de los rios es considerable, y que su corriente tiene la misma dirección que la del mar. En Chepatov, en la provincia de Monmouth, en Inglaterra, la marea se eleva á una altura perpendicular de 60 pies.

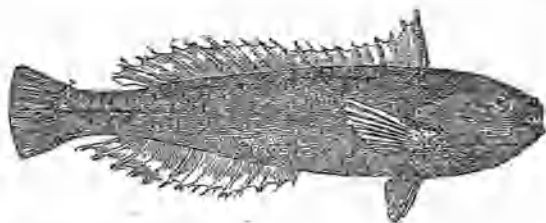
La mar tiene movimientos de otra clase, llamados corrientes. Corren en todas direcciones y deben su origen á diferentes causas, tales como la prominencia de la costa, el espacio angosto de los estrechos, las variaciones de los vientos, y las desigualdades del fondo. Con frecuencia ofrecen las corrientes peligros inmensos á los marinos, ya sea que les arrastre insensiblemente lejos de su derrotero, ó que los lleve hácia los escollos, arrecifes ó bajos. En las costas de Guinea, si pasa un buque de la embocadura de cierto rio, se ve impedido por la corriente de acercarse á ella de tal modo, que tiene que volver á alta mar y hacer un gran rodeo, para volver al punto de entrada. Las corrientes mas notables son las que reinan en el Mediterráneo, en el estrecho de Gibraltar, y á la salida del mar Negro, cuando se entra en el Archipiélago. Además de las aguas que hay en el Mediterráneo, recibe este mar otros considerables, como el Nilo, el Ródano, el Po, etc: sin embargo, no tienen sus aguas salada conocida, y este crecimiento continuo, no les hace sumergir sus costas. Se ha tratado de hallar la razón de este fenómeno, y se explica con circunstancias probables. Se supone que existen en esta

corrientes submarinas, ó que desahoga sus aguas por conductos subterráneos, refiérese que un árabe que había pescado un delfín en el Mediterráneo, le puso un anillo de hierro, y le volvió á arrojar al agua. Algunos años despues cogieron un delfín que tenía el referido anillo puesto en el mismo sitio, por lo cual se conoció que era el mismo. Pero como nada puede comprobar la veracidad de este aserto, es preciso atenerse á conjeturas.

Las corrientes mas peligrosas son las que giran alrededor de un punto céntrico, y forman una especie de embudo donde todo lo que flota es arrastrado al fondo del mismo: esto es lo que se llama un remolino conocido vulgarmente en los rios con el nombre de olla. El de Malström, en la costa de Noruega, está considerado como el mas terrible. La masa de agua que pone en movimiento forma un círculo de cuatro leguas de circunferencia. En medio hay una roca contra la cual se estrella las olas con gran violencia á la subida de la marea: entonces el remolino traga inmediatamente todo cuanto se halla en su esfera de actividad, árboles, embarcaciones, etc. Ni el esfuerzo de los remos ni las maniobras pueden sustraer los navegantes á este peligro. El piloto conoce al instante que el buque marcha en direccion contraria á la que debía seguir; el movimiento del buque, que antes era lento, se hace cada vez mas rápido, describe círculos que van disminuyendo progresivamente de circunferencia, hasta que va á hacerse pedruzcos contra el peñasco para desaparecer completamente, á no ser cuando el reflujo arroja fuera los restos. Hasta los animales se ven en la imposibilidad de librarse de la vor-

acidad de aquel torbellino. Se han visto algunos que luchaban y arrojaban mujitos terribles al aproximarse al ubisgo como si tuvieran la convicción del peligro; esto les sucede con frecuencia á los osos que procuran pasar á nado á la isla inmediata para devorar el ganado. Se afirma que el ruido que produce el remolino de Malström se parece al de los truenos.

Siendo conocidas la naturaleza y posición geográfica de estos es-



collas, pueden evitarlos los navegantes, pero tienen que luchar frecuentemente contra los movimientos irregulares de la mar que le imprimen los vientos y las tempestades. Si la fuerza del viento arranca árboles grandes y derriba los edificios mas sólidos, ¿cuan terrible debe ser cuando ejerce su poder sobre el Océano! Amontona olas sobre olas, y abre simas sin fondo al lado de estas montañas líquidas;



os palos, las velas, los aparejos son arrancados muchas veces y rotos en mil pedazos, y el buque es volcado sobre un costado á con la quilla hácia arriba, y en estos momentos terribles, parece que solo un milagro puede librar á la tripulación de una muerte segura.

Sin embargo las tempestades por violentas que sean no asustan á los marinos experimentados, con tal que les echen en alta mar, y que no tengan que temer las rocas, los escollos y los bajíos. El buque puede subir á la elevada cresta de una ola y bajar en el mismo instante á las profundidades del abismo, puede estar como sumergido en la espuma de las olas, y resistir sin embargo á todas estas pruebas, porque el agua cede atacándola; pero cuando es arrastrado con todo su peso contra una roca, ó cuando se halla en una posición en que sirve de obstáculo á las olas, es inevitable y pronta su pérdida. Los escollos y los arrecifes ó rocas á flor de agua ocasionan la mayor parte de los naufragios. Referiremos á nuestros lectores las relaciones siguientes, que no dejarán de interesarles.

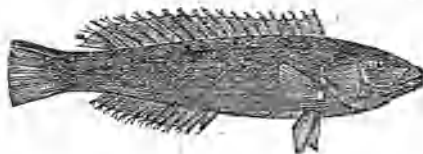
Hace ya muchos años, envió el gobierno inglés el navio la *Bondad* al mar del Sud, á buscar algunos pies del árbol del pan que crece en Otahiti, y que debía transportar á las colonias inglesas de las Indias Occidentales. Ya estaban embarcados los árboles, y marchaba el navio hácia su destino, cuando se acentuó la tripulación y obligó al capitán y á 48 hombres á que se embarcaran en una lancha, abandonando á aquellos desgraciados á su suerte. El peso de su cuerpo y el de los objetos que les habían permitido que cogieran, ponían á la embarcación en el peligro de que se hundiera á la menor agitación del mar; la costa ó tierra mas inmediata de la que pudieran esperar auxilios, distaba 4500 leguas, y calculando el tiempo necesario para hacer esta travesía, sus provisiones se reducian, por dia y por tabeas á una onza de pan y medio cuartillo de agua. Por vía de es-

traordinario podían tomar de vez en cuando un poco de carne de cerdo y algunas gotas de rom. Con recursos tan insignificantes, era probable que no pudieran soportar las fatigas de navegación tan larga. Cuando cogian con la mano algun pájaro, lo dividían en 19 partes que eran devoradas crudas al instante. Sin embargo consiguieron llegar á la isla de Tamor, donde hallaron toda clase de auxilios en los establecimientos europeos que les facilitaron los medios de regresar á Inglaterra.

Los sublevados se habían establecido en una de las islas de la Sociedad, donde la ley inglesa no tardó en alcanzarles. Al regresar á Londres algunos marinos de la tripulación de la *Bondad*, dieron queja, y el gobierno envió la *Pandora* á buscar á los sublevados. El viaje de este buque fué casi tan desastroso como el anterior, aunque por causas distintas; el capitán consiguió apoderarse de 14 de los criminales, pero naufragó á su regreso en la estensa cadena de arrecifes que se extiende por la costa oriental de Nueva-Holanda, y en cuyas inmediaciones son generalmente tan violentas las corrientes.

La trompa marina es otra clase de fenómeno que se manifiesta, aunque menos veces, en el mar, y cuyos efectos pueden ser funestos á los navegantes. Al pronto se vé formarse como una nube espesa, blanca en su parte superior y oscura en la inferior. Baja de ella una especie de tubo ó columna que vá disminuyendo de volumen hácia su base. Este cono gira rápidamente sobre sí mismo con un ruido que á veces se asemeja al que produce la rotación de la rueda de un molino. La trompa marina dura hasta que un golpe de viento, ó cualquiera otra causa accidental la rompe; entónces, el agua que se había elevado cae de pronto con una fuerza suficiente para sumergir un buque que se hallara en su base. Cuando los marineros ven

Desde lejos una trompa marina, disparan contra ella un tiro de fusil cargado con postas, con lo que consiguen dispararla al momento. Formada la trompa marina, segun se inflere, por el aire que, girando en columna cilindrica, obra en el agua como podría hacerlo una bomba espirante, cuando una ruptura en el tubo deja penetrar el aire exterior, obedece el agua á la ley general de gravedad, y tiene que subir otra vez al mar.



Algunas veces abandona la mar cierta estension de sus playas para invadir otros terrenos. Una gran parte del continente americano muestra que las aguas han hecho en él una estacion prolongada; las estensas llanuras que hay en la Rusia meridional, al norte y al este del mar Caspio, están cubiertas de plantas marinas, que hacen suponer que á consecuencia de alguna grande inundacion el Mediterraneo,

el mar Negro y el mar Caspio formaban un lago dilatado, del que salian las cumbres del Cáucaso como islas.

Los temblores de tierra obran algunas veces debajo del Océano, y las erupciones lanzan mas arriba de su superficie las materias que estaban ocultas en el fondo del abismo. Las mismas cosas hacen reunir las aguas del mar sobre algunas partes del continente.

En 1851 se vió salir de improviso una isla en las costas de la Sijia. Era notable por la elevacion de sus escabrosidades, de las que salian vapores y humo. Era probablemente el crater de un volcan formado por algunos fuegos subterráneos. Al cabo de algunos meses, aquella isla se hundió poco á poco, y actualmente forma un escollo á pocas pieas debajo de la superficie del agua. Varios terrenos habitados han sido arrebatados al dominio del Océano. Uno de ellos es el terreno que ocupa la Holanda. Sin embargo, no dejaria la mar de recuperarle sin los malecones y diques que la contienen en ciertos límites. La superficie de la tierra está allí generalmente mas baja que el nivel del mar; al aproximarse á sus costas parece que se hundan como un valle. A pesar de esto el terreno de Holanda se eleva cada dia mas por los objetos de diferentes clases que acarrea los rios, y por los trabajos del hombre. Las inundaciones son una de las plagas mas terribles de la naturaleza; algunas veces sepultan provincias enteras; aldeas y ciudades han desaparecido así, dejando solo fuera los tejados de las casas y las veletas de los campanarios como testimonio de su desastro. En el siglo XI, las propiedades del conde de Godwin, en el país de Kent, en Inglaterra, fueron sumergidas enteramente.



En 1346, las aguas hicieron perecer unas 100,000 personas en el territorio de Dort, y un número mas considerable aun en los alrededores de Dullast. En la Frisia y la Zelandia fueron sepultados mas de 500 pueblecillos, y hizo todavía pocos años, cuando estaba sereno el tiempo, se podian distinguir sus ruinas en el fondo del mar.

Las cuatro marinas que damos, dos en el primer artículo publicado en el número anterior, y las dos de este, representan: la primera *Un día de calma*, la segunda *Una borrasca*, la tercera *El remolino de Malstrom en la costa de Noruega*, y la cuarta *Un buque invernando entre los hielos del mar del Norte*.

## LA REINA SIN NOMBRE.

CRONICA ESPAÑOLA DEL SIGLO VII.

(Continuacion.)

Dejaron los conjurados que el Rey entrase en Segóbriga y se diose á conocer, haciéndose ellos los desapercibidos. Cuando desde la puerta envió aviso al alrazar anunciando su llegada, fuéronle á recibir con grandes demostraciones de gozo. Sin embargo, en el momento de hablarle, todos sus enemigos balbucearon, perdieron el color y se estremecieron. Teodosinda al doblar la rodilla en los umbrales del palacio, estuvo á pique de desmayarse; la culpa lleva su tormento en sí misma antes y despues de ser cometida. Flavio, al parecer, no advirtió nada. Manifestó que venia cansado y necesitaba reposar; propúsosele que tomara algun alimento antes; dijo que se le

dispusiera y ó tomaria despues. Se dispndrá al momento, le respondió Teodosinda, y dejaron á Flavio en su dormitorio.

Mientras el Rey dormia, el mayordomo ó alcalde del alcázar por un lado y el verdugo Sisberto por otro, se acercaron misteriosamente á la alcoba, abrieron muy quedito la puerta y entráronse, cerrando por dentro, sin que nadie lo percibiera: un rató despues cada uno de ellos estaba en su cuarto sin haber salido por el dormitorio; era evidente que desde la alcoba habia comunicacion que se extendia hasta el piso de los calabozos, Teodosinda en esto echaba por su propia mano en el vino el lósigo que habia de scortar á Flavio los dias de la vida. Un conjurado habia de servir la copa, á fin de que sólo el Rey tomase la bebida mortifera, dándose á los demas que comiesen con él, si se les dispensaba esta honra, otro vino no adulterado. Teodosinda necesitó recordar mil veces los motivos que tenia para odiar al Rey, y aun recordándolos, temblaba con estrano frio al tiempo de hacer la fatal mistura. Pero dominó su temor y la hizo.

El Rey descansó largo rato, mudó de vestido y salió tranquilamente á una sala donde le esperaba Teodosinda, que ni se acordaba á hablar ni se atrevia á mirarle. Conversó con ella algunos momentos y pidió la comida.

Era llegado el terrible trance. Era ya medio dia: Froya no habia vuelto; pero ya en fin comenzaban á asomar por sendas y caminos en los estremos del horizonte largos cordones negros de hombres y caballos, cuyas armas y jaezes brillaban á los rayos del sol. Entonces respiraron los conjurados: ya el triunfo era cierto.

—Teodosinda, dijo el Rey, yo soy aquí huésped de tu hermano: hazme tú en su nombre los honores de la mesa: siéntate conmigo. Teodosinda se sentó frente al Rey; su pecho latia de una manera desusada; las venas de las sienas parecia que iban á saltárselo: el

Rey estaba sereno, y casi jovial, contra su costumbre. Pasados algunos instantes de silencio, el Rey pidió de beber. El cómplice le presentó la copa de vino emponzoñado: el Rey la tomó y se la llevó á los labios. Teodosinda apartó la vista.

Peró deteniéndose de pronto el Rey, puso la copa en la mesa y dijo á Teodosinda: Manda llamar á tu esclava Floriana, y mientras viene te referiré el motivo de haber hecho este viage.

Teodosinda hizo una seña á un criado para que cumpliera el orden del Rey. Este hizo otra á todos los circunstantes, y se desviaron á los extremos de la sala. El Rey continuó en voz baja, de manera que solo Teodosinda pudiera oírle:

—Yo he venido á Segóbriga para reconciliarme con dos personas: contigo y Floriana. No te admires, no te asustes del preámbulo, Teodosinda, porque seguramente vas á oír cosas muy raras, y no todas son agradables.

Toda España me conoce desde que soy Rey; tu familia y tú me habéis conocido antes: inútil es que yo pretenda hacerme distinto del que soy. Mi vida ha sido tan borrascosa como larga: por espacio de muchos años viví sin ruido; no hay culpa que no haya querido cometer: he sido en los vicios el mayor y el primero. Estas palabras se han de insertar á la letra en mi epitafio, que tengo mandado escribir en verso al metropolitano de mi ciudad imperial, el santísimo Eugenio (1). Como por un orden natural, poco tiempo debe quedarme de vida, voy haciendo ya los preparativos de la jornada. Si, pronto pesará sobre mi cuerpo la tierra: de nada me aprovecharán entonces la real vestidura, las piedras preciosas, la corona resplandeciente, el oro de mis arcas ni la pompa de mi palacio: solo podrá servirme el bien que haya hecho. Dichoso el que, dedicado constantemente á la virtud, menosprecia los bienes caducos de la tierra!

Este exordio, cuya última mitad había sido pronunciada en alta y sonora voz, aterró á todos los que se hallaban presentes.

—Quiero proseguir, brujar pacíficamente al sepulcro. Malo he sido; males he hecho; pero he hecho grandes bienes también: he sabido lo que han ignorado muchos: he gobernado á España con acierto, con gloria; por las cualidades de Rey pueden perdonárseme las faltas de ciudadano. Como me juzgo con severidad á mi mismo, no es extraño que sea también severo para con los demás, contigo. Oye me, Teodosinda,

Cuando fui exaltado al trono, se arregló tu casamiento con mi hijo: tu hermano fué el que mas trabajó en mi favor entonces: tu hermano solicitó el enlace; nada podía yo negar á tu hermano. Tú supiste desde luego el convenio: yo me tomé tiempo á fin de preparar á mi hijo: hombre hecho no se le podía mandar como á un muchacho. Tú hasta entonces habías sido una doncella recatada y buena, aunque despegada y altiva; pero desde que cobraste humos de uñera real, tus defectos crecieron á ojos vistos, tus virtudes desaparecieron del todo. Yo quería que mi hijo me sucediese en el mando: yo sé el dominio que una mujer ejerce en el ánimo de un monarca: Teodosinda esposa de Revesvinto en la condición privada, no me daba cuidado; Teodosinda reina, me daba mucho. En esto Revesvinto se había preñado de Floriana; tu hermano me instaba para que se celebrasen vuestros esponsales; yo tuve que hablar á mi hijo: él para olvidar su pasión á una mujer cuya mano le estaba vedada, le ofreció la suya y te dió el ósculo de novia. Aquel ósculo acabó de perderte; tu orgullo degeneró en menosprecio de todos, tu frialdad de alma en inhumanidad. Yo juré que no serias reina de España.

(Teodosinda miró á Flavio con los ojos como áscosa)

—Pero yo no doy cuenta á nadie de mis proyectos: los preparo, dejó que llegue la ocasión y los ejecuto. Mi hijo, cuya pasión había vuelto á embravecerse, me servía sin pensarlo: Froya me dió cuenta de los amores de Revesvinto y de su casamiento: esto último lo sentí, porque para con muchos próceres debía perjudicarlo. Desde entonces mi hijo, tu hermano y tú habéis estado rodeados de espías. No te estremécas, Teodosinda: te he dicho que venia á reconciliarme contigo: ahora vas á saber el cómo.

Froya y tú habéis conspirado y conspiráis contra mí. No te levantes, mujer; ¿á dónde quieres ir? Escucha el fin, que supongo no te será tan desagradable. Tu hermano, tú y tus amigos sois poderosos: yo soy viejo y estoy cansado de luchar; quiero la paz. Tú sueñas con el poder; tú ansias la grandeza; yo he sido quien ha dado lugar á esos sueños y esa ansia; justo es que yo ponga el remedio á mi costa. Al lado de un hombre como mi hijo, pienso á ceder al tentenil halago, es necesario que esté una esposa mejor que él, para que él gane en ceder al halago de su esposa: tú por el contrario necesitas un esposo cuyo ánimo firme te haga volver á tus antiguas virtudes,

y te reprima en las defecios presentes. Mi hijo, te dió palabra de esposo; y por el bien del país, no debe cumplirla, ni él quiere, ni yo quiero. Pero tampoco es justo que un Rey y un hijo de Rey quebranten su palabra, aunque sea por la salud del Estado, sin compensar cuanto sea posible á la persona á quien se perjudica. No te cesarás con mi hijo; pero no dejarás de ser reina por eso, Teodosinda, yo he venido á casarme contigo.

(La sorpresa, la confusión y hasta el arrepentimiento azallaron de golpe el corazón de Teodosinda).

—Durante mi vida, que ya será bien corta, gozarás ese fruto y grandeza que tanto te halagan: daño no podrás hacer, porque yo no te lo permitiré, antes al contrario, por tu conducta dispensaré yo todas las gracias que pueda. La práctica del bien, voluntaria ó forzosa, te aficionará á él, te hará contraria la costumbre de la virtud: las bendiciones que recibirás, te afirmarán en ella. Después de mi fallecimiento, habrás de entrar, según se usa, en un monasterio: de esta manera se evita que vuelvas á pervertirte, aunque te falte mi vigilancia. Es pues, Teodosinda, renuncia á tus ideas de venganza, y dá la mano á tu marido.

—¿Sabrá el Rey lo que tenemos últimamente dispuesto? se decía á sí propia Teodosinda.—Imposible: ha venido sin gente. En mi mano tengo el ser reina, y si me veo go no lo seré. Pero ¿as tan dulce vengarse!

—Señor, dijo por fin sin atreverse á tender el rey la mano, ¿qué haréis de Floriana?

—No quiero disimular mas tiempo contigo, respondió el Rey en voz baja. Floriana volverá á ser esposa de Revesvinto.

—¿Su esposal... exclamó Teodosinda levantándose sin poder contenerse. ¿Su esposal!

Al levantarse había alcanzado á ver por el balcón de la sala, numerosas huestes que llenaban los campos inmediatos á la ciudad. Ya se oían claramente los instrumentos bélicos: ya escuchó dentro de Segóbriga voces de alboroto. Los conjurados se miraban unos á otros con satisfacción; Teodosinda se repuso, y expresando su interior contento, pero haciendo como que se contestaba á la exclamación de «su esposal» añadió solo esta breve palabra:—¡Bien!

En esto entró Floriana en la estancia: la ira de Teodosinda creció al verla.

—Hija mía, le dijo benignamente el Rey: yo he necesitado tiempo para experimentar y conocer tus virtudes: ha llegado el día en que tengan su premio. Como principio de los honores que te destinó, vas ahora á servirme la copa: cógela Floriana.

Floriana atargada, alzada por la pena, había venido hasta el salon magníficamente: en la presencia del Rey allí en el tono en que le hablaba, le causaron impresión ninguna: solo sentía, solo comprendía, solo podía pararse su imaginación en el terrible pensamiento de que iba á ser esposa de Froya.

—Hija mía, prosiguió el Rey, hazme tú la salva para que beba.—Floriana no lo entendió.

—Bebe tú primero, Floriana; bebe en la copa en que va á servirte tu Rey, repitió Flavio poniendo á la hija del Vaite la copa de oro en la mano.

La celosa Teodosinda que vió á Floriana con la copa cerca de los labios, se olvidó completamente de todo lo que antes se había dispuesto: nada le importaba el mayor peligro, con tal que pereciese la odiosa rival; ningún caso hizo de las miradas interrogatorias que algunos conjurados le dirigian. El Rey hizo apurar á Floriana toda la copa. Cuando Floriana acababa de beber, entró Froya en la sala precipitado y fuera de sí.

—Apártate de mí, hermana, gritó con voz espantosa, apártate de mí, que nos han vendido.

La mayor parte de los conjurados, un poco aturridos ya desde que vieron que Flavio no había bebido el veneno, echó á correr al oír estas palabras. Quedaron en la sala unos cuantos... inmóviles.

—Flavio, continuó Froya; yo te he querido destruir, y tú has burlado mis designios. Las tropas que cercan esta ciudad, están en tu favor, aunque han dudado que me serian fieles. Pero aunque tus soldados rodean á Segóbriga y penetran en su plaza, tú te hallas imprudentemente aquí en medio de los míos. Muriré sin duda, pero tú perecerás primero.

Froya se dirigió al Rey con espada en mano.

—A mi lado clamó Quintasvinto.

Los conjurados que se habían quedado, y estaban ganados por el Rey, desvanecieron los acrios y se colocaron delante de Flavio diciendo á voz en grito:—¡Muera el traidor!

—¿No he de vengarme? dijo Froya riendo.

—Yo he sido mas feliz, repuso Teodosinda señalando á Floriana, que perdida el conocimiento caía en el suelo. Mi rival ha perecido eternizada.

—¿Me has robado mi amor? gritó Froya rechinando los dientes:

(1) En el texto, entre las expresiones con que termina el párrafo, se hallan en el epitafio del monarca, entre las obras de sus reyes.

yo mataré al que es objeto del tuyo.—Salíase de la sala corriendo.

—Seguidle y prendedle, dijo el Rey á algunos de los fingidos conjurados. No encontrará Froya á Recesvinto en el calabozo. Vuestros encerrad á esa mujer y llamad á un físico: llamad gente que asista á esta obra desventurada.

Los que no habían seguido á Froya, rodearon á Teodosinda y se retiraron con ella: el Rey quedó algunos momentos solo con Floriana.

—Animo hija mía, ánimo, le decía el Rey sosteniéndola: van á sacorrtarla; aun es tiempo: tus enemigos van á ser ejemplarmente castigados. Estas palabras últimas que entreoyó la inocente víctima, la hicieron esforzarse á articular algunos sonidos que se negaba ya á formar su lengua-paralizada.—Perdon, perdón! esciamó la misericordiosa jóven, y cerrando los ojos, desaparecieron de su cuerpo todas las señales de vida.

Cuando llegaba el físico y las escoltas, se oyó terrible ruido de cuchilladas en un aposento del castillo: acudió el Rey á la puerta; pero la halló cerrada. Al retirarse Froya seguido por los confidentes del Rey, los ganó la delantera y cerró aquella puerta que era de soledadísimo robte. Por el lado opuesto venia Recesvinto, libre ya, como se dirá mas adelante: encontráronse los dos rivales, y una mirada instantánea, reciproca, les dió á entender que de aquella estancia solo habia de salir vivo el uno. Recesvinto cerró tambien la puerta por donde habia entrado; desnudó la espada y se puso delante de Froya. Los conjurados que le habían seguido, intentaron forzar la puerta; pero fué en vano.

—Mientras buscan instrumentos para derribar las puertas, dijo Froya á Recesvinto, hay tiempo de sobra para que nos matemos.

—Si soy yo el que perezo, contestó el príncipe, tú puedes librarte. Mira.

Haciendo y haciendo abrió en un ángulo una puertecilla disimulada que daba entrada á una escalera tortuosa. El alcaide ó mayordomo del castillo, fiel al monarca y al príncipe, les habia descubierto el secreto. La escalera comunicaba con el calabozo donde habia estado Recesvinto, y desde allí por un camino subterráneo guiaba fuera de la ciudad. Por este camino tambien, pero por otro ramal de escalera, habia entrado Froya, hasta la sala de los banquetes. Como las tropas que rodeaban á Segóbriga iban entrando, no quedaba en los contornos soldado ninguno, y la fuga de Froya era posible. Recesvinto habia sido puesto en libertad por el alcaide y Sisberio, espías del Rey, mientras éste habia fingido estar en la alcoba.

La lucha entre los dos competidores en amor y grandeza principió con tal ímpetu, que debia durar muy poco. La ventana del aposento donde pasaba esta escena sangrienta, daba enfrente del cuarto donde habian arrestado á Teodosinda, que era donde poco antes habia estado Floriana encerrada por Froya. Teodosinda llamada por el ruido, se asomó á la reja á ver. El uno de los combatientes era su hermano; el otro era el hombre á quien habia tenido amor; el resultado del combate habia de ser siempre funesto para ella. Asaltada su razon con tan repetidos golpes, comenzó á estraviarse; agarróse fuertemente á la reja y principió á dar alaridos horribles, inarticulados.

A un mismo tiempo los confidentes del Rey comenzaron tambien á golpear las dos puertas de la sala para vencerlas: el estrépito de los martillos hacia retumbar el palacio; el crujir de las espadas estremecía; los chillidos de Teodosinda hacian temblar.

A los primeros lances hirió Froya á Recesvinto ligeramente: el furor del príncipe se aumentó con la herida, y el duque fué herido tambien. Yéndose entonces á Recesvinto como un jabalí al que le disparó el dardo, Froya hundió su espada en el costado del príncipe, al mismo tiempo que la espada de Recesvinto daba como una segar sobre el cráneo del duque. Cada uno cayó por su lado, Froya sin vida; Recesvinto sin conocimiento.

Formadas las puertas, el Rey desatentado, llorando como un niño, cogió á su hijo en brazos y él solo le condujo á una cama. El médico llamado para cuidar de la amante, que ya no necesitaba su auxilio, tuvo que acudir á la cabecera del amado. El cadáver de Froya quedó abandonado algunas horas en el parage en que habia caído, frente á la ventana. Cuando el alcaide del castillo fué á recogerle para darle sepultura por mandato de Flavio, otro espectáculo mas lastimoso espantó su vista. En la reja de enfrente se habia suspendido Teodosinda de un hierro, ecláudose por dogal al cuello la cabellera de Floriana.

(Concluirá.)

JUAN EDUARDO HARTZENBUSCH.

A un pretendido retrato del Autor, y al Autor del pretendido retrato.

## SATIRA.

¡Mientes! Tü no eres yo. ¡Mientes, bellaco!  
 Pudo ser el de Gestas ese gesto;  
 Pudo ser el de Judas ó el de Caco:  
 ¿Mío? ¡Jamás! lo juro y lo protesto;  
 Y para dar mi nombre á tal blasfemia,  
 Ni en la Instituto hay ley, ni en el Dizeste.  
 Pregúnten en mi casa, en la Academia,  
 En el café, en el Prado, si mi cara  
 Espanta como el trueno ó la epidemia.  
 No es que blasone yo—; Dios me libere! —  
 De venusto y donoso y pulero y lindo;  
 Mas... ¿figura de pro ó de mampane!  
 No á las deidades del sublime Pindo  
 Culto daría tan aciago busto,  
 Que ruibarbo destila y tamarindo.  
 ¿Cuándo fui yo tan áspero y adusto!  
 ¿Cuándo fui tal que la mujer en cinta  
 Se exponga al verme á malparir del susto!  
 ¿Quién reconoce en tan aviesos pinta  
 Al que, si no presume de Narciso,  
 Tierro fué, y lo es aún, como un Aminta?  
 A hombre encarado así, fuera preciso  
 Que Pedro, sin mas trámite, la puerta  
 Tapiara del celeste Paraiso. —  
 Y una vez lá impostura descubierta,  
 ¿Será mucho un porrida á cada rasgo  
 Y por cada faccion una reyerta?  
 Español ó francés, soizo ó pelasco,  
 ¿No he de llamar calumniador infame  
 Al que así me transforma en fiero traggo?  
 ¿He de sufrir sin que á los cielos clamo  
 Que un temerario á engendro tan aleve  
 Manuel Breton de los Herreros llame?  
 ¡Cómo! ¡Justicia habrá para el que aleve  
 Injuria en una acción ó en un vocablo  
 A inferir á su prójimo se aleve,  
 Y no para el que en público retablo  
 Tal á un vecino honrado desfigura,  
 Que no osaria profujarte el diablo? —  
 ¡Felix yo si tan ruin manufactura,  
 Ya que mi cara nó genuina y propia,  
 Fuese de ella mordaz caricatura!  
 Siquiera al troglodita de la Etiópia  
 El maligno pintor me asimilase,  
 Pudiera brujuleárseme en la copia.  
 Nadie contra el pintor pide un *akase*,  
 Que, aun ridiculizándote en estampa,  
 Le distingue entre el vulgo de su clase;  
 Y hay más de un presuntuoso que se atropa  
 Porque su oscura faz caricaturen  
 Si así el moebuelo entre los cisnes campa.  
 Mis defectos propalen y censuren;  
 Lleven hasta la hipóbole la mofa:  
 Mas no, sin ton ni son, me desnaturen.  
 Pues no me juzgo de mejor estofa,  
 Y á un rey he visto convertido en pera,  
 Hagan de mí una col ó una alcachofa;  
 Mas ó diga: «he pintado una quimera»,  
 O el pintor en la que haga á su capricho  
 Deje algo de mi cara verdadera;  
 Y no se diga de él lo que se ha dicho  
 Del que al pié de sus topes mamarrachos  
 Ponía: «este es un gallo; este es un micho.»  
 Rián de mí en buen hora los muchachos;  
 Pero rián de mí cuando en peñascos  
 Me vendan, ó ateluyas, los gabachos.  
 Cuando á la feria mis facciones sacan,  
 Pintor, yo no te pido que me lées  
 Ni que indulgente seas con mis macas.  
 Tengo una que ni Celso ni Averrós  
 Pudieran corregir; la que siquiera  
 Me iguala en esto al inmortal Camóes:  
 Y el pincel detractor—¿quién lo creyera? —  
 Hasta en la ausente luz me falsifica

Trasladando el eclipse á la otra acera,  
 Porque cargue en lo feo no me pica,  
 Que fuera necio y femeníl orgullo,  
 Quien me forja esa faz con que trafica.  
 Esopo — es ya verdad de Perogrullo —  
 Rómulo, giboso y de infeliz pergenio,  
 No brindaba de amor al blando arrullo.  
 Lindos no fueron Alareon, Celenio,  
 Ni otros cien que á la cumbre del Parnaso  
 Se alzaron en las alas de su genio.  
 Mas algo de ese genio nada escaso  
 Hubo de traspirar; algo el oculto  
 Fuego brilló á través del tosco vaso.  
 Yo, medíocre poeta, no en mí hulto  
 Pienso escrito llevar *Deus in nobis*;  
 Pero ni soy feróz, ni soy estulto;  
 Y tanto á mí semeja el *coram vobis*  
 Con que cual *vera effigies* se me vende  
 Como á Ataulfo, ó Reesvinto ó Clovis. —  
 Pero el que tanto con su brocha ofende...  
 Al arte mas que á mí, no es compatriota  
 Sino un *quidam* anónimo de allende.  
 Y es maravilla que fandango ó jota  
 Bailar no me haga en traje charanguero  
 Con un trabuco al márgen y una bota:  
 Que, ya sea rulan ó caballero,  
 Para pintor de extrangis solo un tipo  
 Tiene el pueblo español: el *guerrillero*.  
 Y mienten; que, aunque yo no participo  
 De tan precioso don; hay aquí talles  
 No indignos de Timantes y Lisipo.  
 Y si España en los campos y las calles  
 De horribles cataduras no escases,  
 Hartas hay mas allá de Roncesvalles.  
 No es español quien tan vitanda y fea  
 Me la atribuye á mí; del mal el menos;  
 Ni habrá español que tan bestial me crea. —  
 Mas ¿quién con ojos ¡ay! miró serenos  
 Otra profanacion ruda, inaudita....  
 ¡Y ésta no hay que achacarla á los ajenos!  
 Mi humilde cara al fin, fea ó houbta,  
 Porque algun Orbaneja la adullere  
 Poco al lustre español pone ni quita;  
 Pero que á un hombre excelso se vulnere  
 Hasta el punto ¡oh dolor! de que su rostro  
 En despreciable brasto degenera,  
 Es atentado atroce que ni Cagliostro  
 Osara concebir, y á su memoria  
 Herido en cuerpo y ánima me postro.  
 Aquel *Fenix* de España, cuya gloria  
 No es ignorada ya ni del más dropa:  
 Tal le encumbra en sus páginas la historia;  
 El mirado de Clío y de Caliópe  
 Y Talía y Melpómene y Erato;  
 Lope de Vega, en fin, Lope, el gran Lope,  
 Largo tiempo ¡oh baldón! ¡oh desacato!  
 De molde de pelucas ha servido,  
 Comprado no sé á quién en un barato. —  
 Cuanta al horrado artífice no pido  
 De aplicar á tan sucio ministerio  
 El busto de aquel hombre esclarecido.  
 Ignoraba que hacia un vituperio  
 Al poeta amenísimo y fecundo  
 Que con su nombre llena el hemisferio  
 Culpó, sea quien fuere, al que de inmundo  
 Interés arrastrado, hizo á sabiendas  
 Tráfico vil del vate sin segundo.  
 Tú, Lope mío, tú por esas tiendas  
 Sirviendo de irrisión al transeunte!  
 ¡Así han hecho de ti carnestolendas!  
 Tú con bucles cosidos á respunte  
 Sobre esa frente que de laure Febo  
 Cilló, y de nardo y rosas Amatunte!  
 ¡En guisa tú de frívolo manchebo  
 Ostentando risibles papillotes  
 Sobre greñas robadas al Eros!  
 ¿Quién de tu ingenio las preclaras dotes  
 En ese maniquí reconociera  
 Que ya sirvió para dos mil cogotes?  
 ¿Cabe suerte mas triste y lastimera?

¡Peladas viera yo todas las nuces  
 Antes que befa tál de ti se hiciera!  
 ¿Qué se suele decir de Juan ó Luras  
 Para acusar de huero á su meollo?  
 « ¡Soberbio molde para hacer pelucas! »  
 Por dicha; ¡oh Lope! el lacio perifollo  
 Del postizo sacrilego pelambre  
 Que tu cabeza convirtió en repollo  
 No te atormenta ya, ni el duro alambre  
 Que, aun formada de leño inanimado,  
 Diera á tu noble sien fiero calabro.  
 Tan baja servidumbre mal tu grado  
 No ha de afrentarte más; que un buen patrio  
 Digno de alto loor te ha rescatado. (1)  
 Vates iberos, por tan buen servicio  
 Gracias le dad inmensas, y el Museo  
 Galardone tan alto beneficio.  
 Yo, pedestre individuo del febeo  
 Claustro insigne; yo, el último del baño,  
 A mi modo lo aplaudo y victoreo,  
 Y si en la librería no me estanco,  
 A los nombres de ilustres españoles  
 Se añadirá de hoy más el de *Toranzo*. —  
 Vista pues la ruindad de tres bemoles  
 Que al buen Lope injurió, la que me ensaña  
 No vale, á la verdad, tres caracoles.  
 No como quiera al público se engaña,  
 Y quien por muestra tan soez me busque,  
 De fijo no me encuentra; no me arroña.  
 No mas la ciega cólera me ofusque,  
 Que habas cueren abondo en todas partes,  
 Y mi oracion no pase del *¡quousque...*  
 Contra ese *Catilina* de las artes.

MANUEL BRSTON DE LOS HERREROS.

#### EL CRIADO PRUDENTE.

Uno de los criados de Federico el Grande le hizo impacientarse de tal modo en cierto dia, que el monarca le pegó una bofetada, y le desarregló el pelo. El criado, con la mayor sangre fría, se fué á colocar delante de un espejo que habia en la cámara del rey y se atusó los rizos que se habian deshecho. « ¿Qué es eso, bribon, dijo Federico, tienes atrevimiento?... » — « Señor, respondió el criado, lo hago para que las personas que hay en la antecámara no conozcan lo que ha pasado entre nosotros dos. » El rey no pudo menos de echarse á reir y se marchó á otra habitacion.

#### EL REY DE PRUSIA Y SU MEDICO.

El gran Federico le dijo un dia á su médico: — « Háblame V. con franqueza, doctor, ¿cuántos hombres ha matado V. en toda su vida? » Señor, respondió el discípulo de Galeno, próximamente 300000 menos que V. M. »

#### CEROGLIFICO.



#### SOLUCION DEL CEROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 39.

La valerosa carabela del audaz Colon surcó mares ignorados hasta dar con América.

(1) El señor don Carlos Ortíz de Toranzo, sujeto muy apasionado á las bellas artes, que posee un selecto gabinete de curiosidades artísticas, y entre ellas una copiosa coleccion, única tal vez en su clase, de retratos de ciertas dimensiones, debidos en gran parte á los mas celebres pintores.